

## CONFERENCIA II

LA MÍSTICA SOBRENATURAL

1. **Cómo se explica la influencia de ciertas palabras sacramentales.**—Quien recorra con atención la historia de la humanidad, á menudo no sabe lo que debe causarle mayor asombro, si la increíble influencia ejercida por ciertas frases convenidas respecto de una época, ó la facilidad con que los hombres cambian de impresiones. Hoy, véseles de pronto entusiasmados hasta el delirio por una idea, á la cual nadie ayer prestaba atención; millares de ellos lucharían y sufrirían la muerte por ella. Mañana, bastará con una palabra para hacérsela insoportable.

¿Quién no conoce, por ejemplo, la fiebre causada en los siglos XVI y XVII con las palabras: *Nuevo mundo, nueva tierra de oro?*

En el fondo, compréndese lo bastante. Lo que no se comprende tan bien, es la embriaguez sorprendente causada en los espíritus, en el siglo II, con la simple palabra *gnosis*, y en el XIX con las de *progreso* y de *civilización*.

Más sorprendente aún es el fanatismo con que los pueblos, en el siglo XVIII, se precipitaban ciegos, cual comedores de haschischh, contra las bayonetas, y se dejaban arrastrar á la sublevación, á la guerra civil y á las matanzas en masa, tan pronto como oían que alguno lanzaba el grito de: *libertad, igualdad, fraternidad*.

Hay ahí un gran misterio que es difícil esclarecer por entero. Mas los místicos y los escolásticos diéronnos la cla-

ve para explicarlo en parte, mediante su tan importante doctrina del *ápice* ó del *fondo* del alma. <sup>(1)</sup>

Por lo general, el espíritu hállase tan distraído, y reparte al propio tiempo sus fuerzas en tantas cosas, que no tenemos idea de lo que puede. Vemos eso tan sólo cuando un objeto le absorbe tan por entero, que todo lo demás desaparece. Entonces, reúne todas sus fuerzas, y se lanza á ese fin, con una impetuosidad, ante la cual no se halla uno más seguro de lo debido, porque no se sabe si podrá dominarlo, ó si él le privará de la calma y de la reflexión.

Ese afán por el estudio, que perturba el sueño, quita el apetito, consume la salud como fuego devorador; esos actos de valor sobrehumano, de los cuales ofrécenos Josefo multitud de ejemplos en la historia de la Guerra de Judea; los sacrificios increíbles que una madre es capaz de imponerse, cuando vela al pie del lecho de dolor de su hijo, prueban lo bastante cuánto un hombre es capaz de hacer cuando se halla entusiasmado por una idea.

Mas cuando el fenómeno se produce en las masas, el contagio, por una parte, y la emulación, por otra, tratándose de entusiasmo por el bien ó por el mal, hasta tal grado suben, que con frecuencia la multitud no es dueña de sí misma, y los individuos pocas veces pueden resistir á ese general empuje. Basta con recordar la Reforma, la gran

(1) Apex totius affectus (Bonaventura, *Itinerar.*, c. 7); vertex animae seu mentis (Thomas, *De Veritate*, q. 16, a. 2, ad 3); fundus vel centrum animae (τὸ τῆς ψυχῆς οἶον κέντρον, Plotin., *Enn.*, 6, 9, 8); Seelengrund (Preger, *Mystik*, II, 212 y sig.); Funken der Seele (*Ibid.*, II, 214, 219 y sig., 224); intimus affectionis sinus (Rich. a S. Vict., Benjamin maj., 4, 16 (Migne, 196, 154, d); cordis intima (*ibid.*, 4, 6, p. 139 d); mentis summum, mentis intimum (*ibid.*, 4, 23, p. 167 a); cubiculum v. secretum mentis (Rich. a S. Vict., *In cantic.*, c. 8, Migne, 196, 425); claustrum animae (Hugo de Folieto, *Claustrum animae*, 3, 1, Migne. 176, 1087, c). Cf. Bona, *Via compendii*, 20. Blosius, *Institut.*, spir., c. 12, 4. Sandaeus, *Clavis s. v. anima, centrum, fundus, culmen*. Surin, *Catéchisme spirit.*, 5, 4; 13, 7. Schram, *Theol. myst.*, § 321. Schol., *Die Lehre der Kabbala vom göttlichen Seelen-oder Lebensfunken*. Molitor, *Philos. der Gesch.*, I, 97 y sig., II, 257 y sig.; III, 468. Weber, *Jüdische Theologie*, 2.<sup>a</sup> ed., 165, 214 y sig., 222 y sig., de donde Saturnin y Mani parece que han tomado su doctrina referente á la creación, á la caída y á la redención del hombre, nada tiene que ver con esto.



revolución de 1848, las guerras de libertad y tantas otras manifestaciones legítimas ó falsas del patriotismo.

**2. Cómo es dado despertar y aprender á conocer las humanas fuerzas.**—Si, pues, queremos enseñar á conocer al hombre por su lado favorable, y sacar provecho de su fuerza respecto del bien, desde luego tenemos que hacer dos cosas. Primero, dirigir exclusivamente su atención á un objeto bueno, y después saber excitar en él todo el entusiasmo de que es capaz tocante á ese objeto.

En eso consiste el secreto de la educación de la juventud, pero en eso también está la obra de la educación y de la dirección de un pueblo.

«No debemos creer—dice acertadamente Platón, en el *Fedro*—que todo entusiasmo y todo amor sean censurables y dañosos en sí mismos. Pueden, por el contrario, ser fuente de mucho bien, y dar á los hombres impulso para grandes acciones, cosa que la fría inteligencia no sabría darles. Es lo que vemos en la poesía y en la música, en las cuales la inspiración interior, procediendo del entusiasmo, sobrepasa las más de las veces en mucho á la árida reflexión». (1)

Si tal observación fué ya necesaria en la antigua Grecia, eslo doblemente en la actualidad, en que creemos haberlo hecho todo en favor de la educación de la juventud y del pueblo, con haberle atiborrado la inteligencia con áridas materias científicas, pero habiendo, en cambio, descuidado por entero en ellos la formación de la voluntad y del carácter, del corazón y del sentimiento de lo bello.

No hay para que decir que toda actividad exterior, que toda moral, toda piedad y todo arte deberían ser dirigidos por una inteligencia convenientemente formada. Mas, para nosotros, mejor fuera no tener necesidad de hacer notar que, con sola la dirección de la inteligencia, se pone únicamente la verdadera primera base de una formación completa y digna del hombre.

Por eso es de la mayor importancia para la humanidad, que la educación dirija la atención sobre cosas verdadera-

(1) Plato, *Phaedrus*, 22, p. 244, a y sig.; 48, p. 265, a. b.

mente buenas, elevadas, y útiles. Pero no es menos importante que sepa inflamar los corazones con un entusiasmo por ellas duradero.

Sólo por esta razón, debiera ya ella detestar esa desgraciada sabiondez que empobrece actualmente, con extraordinarias proporciones, las fuerzas intelectuales y morales de la humanidad. Cuanto más distrae la atención de la juventud, cuanto más cansa su espíritu, más indiferente y aun hostil á todo lo verdadero, bello y bueno la torna, con ese caos de fragmentos sin cohesión que le ofrece, más sustrae á nuestra generación la perspectiva de poder hacer nunca algo profundo y duradero.

Si de nuevo queremos tener espíritus vigorosos, y, lo que todavía importa más, caracteres vigorosamente templados, corazones capaces de sacrificarse y entusiasmarse por todo lo sublime y noble, necesario es llevar formales mejoras á la educación de la juventud y á la educación personal. En ambas, forzoso es renunciar á esa desdichada inclinación á la vaguedad y á la multiplicidad de conocimientos, dirigir, por el contrario, todos los esfuerzos para llegar á la profundidad, ó, para decirlo como los místicos, cultivar el *fondo* del alma, el *ápice* del espíritu, el *centro* del alma, el *ápice* del corazón, en una palabra, el hombre interior.

Mas no será dado llegar á tal resultado á no ser que las cosas, á las cuales deben limitarse la educación y la instrucción, sean de tal suerte, que se apoderen del espíritu, y sobre todo del corazón, y los cautiven de modo duradero. Quienquiera que dirija una mirada á nuestras escuelas, no se sorprenderá de que hoy la duda y la indiferencia apaguen toda llama en la juventud, antes de que haya llegado á su madurez física. Hasta un niño tiene bastante discernimiento para decirse que, en toda esa balumba de cosas con que se carga su memoria, tan sólo para sufrir un examen, difícilmente hay una entre ciento que merezca atención.

No siempre es debilidad intelectual ó pereza moral lo que



torna tan insensibles y olvidadizos á nuestros niños. Mas bien es la convicción, más ó menos clara, de que no merece la pena el hacer tantos esfuerzos para aprender cosas tan inútiles como las que se les imponen. Si la instrucción y la educación les comunicasen lo que es verdaderamente útil, y, ante todo, lo que es necesario, pronto se notaría si no daban pruebas de mayor afán y de mayor interés.

### 3. Efectos de la enseñanza de lo único necesario.

—Para llegar á tal resultado, requiérese ciertamente que la enseñanza de la única cosa necesaria, de la verdad más elevada y del mayor bien, se dé de perfecta manera. Pues bien, esto puede hacerse sin que haya necesidad de altisonantes palabras, que nadie entiende, lo mismo el oyente que quien las dice. Basta con esa plenitud de fuerza interior que deja satisfecho al hombre y le eleva al propio tiempo sobre su propia debilidad.

La sabiduría del mundo, que, como Cirilo de Alejandría dice, <sup>(1)</sup> tiene pensamientos tan fríos y tan pueriles acerca de Dios, y que, para decirlo con Máximo el Confesor, <sup>(2)</sup> rebaja, aun las palabras de la Revelación, hasta el punto de darles un sentido carnal, puede burlarse de la opinión según la cual la doctrina referente á Dios y á las cosas eternas contribuye á la verdadera formación. Á su entender, parece que la religión nada tiene que hacer con respecto á la instrucción, y debe permanecer, por sistema, alejada de la educación. Mas el proceder así, demuestra dos cosas.

La primera consiste en que se forma una idea totalmente falsa tocante á la formación intelectual y moral del hombre. Sabemos, efectivamente, que por tal entiende únicamente la dirección tan exclusiva cuanto es posible de la inteligencia, ó mejor dicho, de la memoria.

La segunda consiste en que igualmente profesa acerca de las cosas divinas ideas tan falsas como bajas. Cabe decir de ella, con razón, lo que de los filósofos griegos dice

(1) Cyrill., Alex., *Dial.* 7, de *Trinit.* (Migne, 75, 1097, b).

(2) Maxim. Conf., *Centur.*, 5, 27, 33 (Migne, 90, 1357, c. 1361, a).

Clemente Alejandrino. «Hablaban de Dios sin conocerle, y eso porque no le adoraban de manera digna de él». Pues bien, esto es ya la especie de filosofía profana respecto de la cual Empédocles se expresa en estos amargos términos: «Vierten torrentes de palabras; desgraciadamente, no son sino palabras. Sus ojos están sobrado empañados para ver una partecilla del conjunto». <sup>(1)</sup>

Pero, afortunadamente, existe una fuente más elevada y más pura de la verdad. Es la Revelación que la gracia de Dios ha dado al mundo. Merced á ella, puede conocer el hombre cuanto necesita para aplacar su sed de saber y para satisfacer los deseos de su corazón, según ello le es útil en su peregrinación terrestre.

No decimos que la Revelación sobrenatural resuelva todos los enigmas y llene todos los deseos. Aun pudiendo, no lo haría, pues no fuera provechoso al hombre. Quien á sí propio se conozca, puede darse cuenta de la rapidez con que nos lanzaríamos á nuestra muerte espiritual y á nuestra ruina moral, si pudiéramos creer que nos hallamos en posesión de la verdad completa. Nos aquietaríamos fácilmente con el consuelo de saber que la situación en la cual nos hallamos es la más perfecta que sea dado imaginar. La fórmula tan conocida de Lessing, y de la cual tan frecuentemente se abusa, tiene su valor legítimo, tomada en ese sentido. Sí, mejor es que nunca poseamos aquí bajo la verdad completa, que no disfrutemos jamás de la plena seguridad de nuestra salvación, ni de entera paz, para no dejarnos ir á la pereza, al orgullo y á una falsa seguridad.

Por esa razón, muy acertadamente, la Revelación no hizo más que darnos algunas indicaciones respecto de muchas cosas, y precisamente respecto de las más importantes; por eso nos permitió únicamente dar rápida ojeada en *el mas allá*. Y, sobre cuanto nos manifestó, tendió el velo de la fe para avivar nuestros deseos y estimular nuestra propia energía.

(1) Clem. Alexandr., *Strom.*, 6, 17, 149, cf. (Aristote), *De Melisso* (Xenophane), c. 2 (Paris, III, 675, Mullach., *Fragm. philos. Græc.*, I, 289).



Esta consideración pedagógica es manifiestamente una de las causas principales que han determinado á Dios á dejar en su Revelación tantas lagunas misteriosas, ó, como se acostumbra á decir, misterios, esas manchas en el sol de la fe, respecto de las cuales la inteligencia corta de vista y el corazón impaciente del hombre tan de buena gana murmuran.

No obstante eso, es cierto que la Revelación divina da á conocer, no tan sólo muchas cosas tales que la sabiduría humana jamás descubrió, pero que no descubrirá jamás. Y lo que es más importante, dánoslas á conocer con esa certidumbre que nos permite descansar en ella confiadamente, sin temor á engaño ni á ilusión. Mas también está fuera de duda que nos ofrece al propio tiempo cuanto necesitamos y nos es útil para llegar en esta vida, bajo su dirección, al fin á donde quiere llevarnos, esto es, la formación de una naturaleza humana sana, completa, noble, elevada sobre la naturaleza inferior.

**4. Doble poder pedagógico de la Revelación sobrenatural.**—Para resolver esa labor, el divino Maestro, con infinita sabiduría, dispuso su Revelación, de tal suerte que, por un lado, resulte calculada sobre la concentración más completa de todas las fuerzas intelectuales, y, de otro, sobre la más elevada tensión de la vida moral, y, si así cabe decirlo, sobre la permanente vigilancia del más elevado entusiasmo del corazón.

Inútil es que nos detengamos mucho respecto al primer carácter de la Revelación sobrenatural. Para el mundo de cortos alcances, el principal escollo que encierra está en haber basado toda la educación del género humano sobre la fe y la religión.

En eso, el espíritu profano supo encontrar quizá de manera enteramente instintiva una de las diferencias más esenciales entre su educación y la de la Revelación. En tanto que, en él, todo tiende á la diversidad y cantidad de materias científicas, y, por el hecho mismo, á la dispersión de las fuerzas intelectuales; en tanto que él aspira cons-

tantemente á la novedad y al cambio, no para llegar á una verdad bien restablecida,—recházalo por principio,—sino tan sólo para poder aplacar su sed de curiosidad; en tanto que se defiende con verdadero fanatismo contra toda tentativa de pretender reducir el batiborrillo de los acontecimientos y de los hechos á principios filosóficos homogéneos, porque es caer en la escolástica, á la que detesta, la pedagogía de la Revelación tiene su punto de partida en la más alta razón y única de todo ser, y todo lo atrae á sí en medio de las pruebas del mundo real.

Para eso, nunca le ocurre cambiar esencialmente sus principios últimos según los cuales ordena y clasifica las cosas aisladas, sean cuales fueren los cambios que se producen á causa de los descubrimientos científicos y de las necesidades de los tiempos.

Lo que más en cara le echa el mundo, constituye, pues, uno de sus mejores privilegios y es su mejor recomendación.

Únicamente merced á ese privilegio, puede responder á su segunda misión educadora: el mejoramiento de la vida moral en la medida más elevada posible. Desde este punto de vista, reconoce en el arte de la educación obligaciones especiales que no pueden ser más imperiosas.

En eso, hállese de acuerdo con los primeros talentos de la humanidad, que, como Platón, jamás vieron en la educación la mera enseñanza de una ciencia muerta, sino una iniciación en la virtud y en la perfección. <sup>(1)</sup> Según ellos, su misión está, no solamente en formar discípulos capaces de conocer lo bello y lo bueno, sino de practicarlo. Debe enseñarles no las apariencias de la virtud, sino la virtud misma, <sup>(2)</sup> y hacerlos aptos para elevarse hasta la más alta perfección moral. <sup>(3)</sup>

Pues bien, como ya hemos dicho, esto no puede ser sino mediante dos condiciones. Consiste la primera en que las

(1) Plato, *Leg.*, 1, 643, d y sig.

(2) Plato, *Rep.*, 3, 401, b y sig.; 402, a y sig.

(3) Plato, *Rep.*, 3, 403, e y sig.



potencias del alma dejen de andar por doquiera ocupadas en numerosos objetos secundarios, y se apliquen, mediante el recogimiento, á un solo punto, es decir á lo esencial. Pide la segunda que el fin homogéneo, al cual debe tender el desarrollo de todas las potencias del alma, y por lo tanto, no solamente la actividad intelectual, sino también la actividad moral, sea de tal suerte que levante al hombre por cima del mundo y de la situación en que se halla.

La Revelación sobrenatural llena igualmente esas condiciones; hácelo poniéndonos ante los ojos esa cosa esencial, única necesaria, bajo una forma religiosa sobrenatural, es decir, no como el espíritu humano puede representarse á Dios y las cosas divinas según sus propias ideas, sino como Dios estima oportuno manifestarlas bajando hasta nosotros.

Mirada así, y sobre todo de esa manera, la idea de lo sobrenatural, tan extraña para el racionalismo, preséntase como la verdadera bienhechora del género humano.

Una religión exclusivamente humana, que, según la expresión de Schiller, quiere que Dios forme parte del espíritu creado y de la voluntad propia, y por lo tanto una religión que pretende que Dios baje de su trono hasta el hombre, no acertaría á elevar á este último sobre su propia bajeza, ni vencer su frialdad. La sequedad y la miopía poco gratas de la inteligencia, la honradez y el árido cumplimiento del deber, que recuerdan la religión china, sello característico de las épocas del racionalismo, son la mejor prueba.

No se da más que una religión procedente de lo alto y que penetre en el hombre, capaz de elevarle sobre sí mismo. No se da más que una religión sobrenatural que ofrezca á sus ojos á Dios, como la más elevada verdad, como fuente de toda verdad, y al propio tiempo como el más alto bien y como causa de todo bien, capaz de apoderarse de todo el hombre. Sólo ella puede satisfacerle por entero, sólo ella puede estimular la actividad de su mente y sobre todo hacerle capaz de esfuerzos morales.

**5. Los impulsos morales más elevados hállanse en la Revelación.**—Quien dude de estas palabras ó las niegue, no conoce ni el contenido de la fe, ni lo eficaz de la gracia. Ni siquiera conoce el poder y la nobleza de la naturaleza humana.

Si nos representamos el contenido de las doctrinas de la fe tocante á la conducta de Dios con el hombre, á la dignidad que le otorgó, al fin á donde le elevó, á la grandeza de la misión que en su bondad le asignó, vémonos obligados á convenir en que encierran los gérmenes fecundos del heroísmo sobrenatural más sublime.

No hace falta emplear artificios de lenguaje ó exagerar la verdad. Las meras sentencias de la Escritura bastan para convencernos de la verdad de lo que acabamos de decir, y eso tanto más seguramente cuanto que las bases que ofrecen son más sólidas. Bástanos con que no las tomemos irreflexivamente, como se acostumbra, sino que penetremos las insondables profundidades de su sentido y dejar á este que obre en nosotros.

«De tal suerte amó Dios al mundo, que dió su Unigénito, para que todo hombre que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna». <sup>(1)</sup> Estas palabras dícnos qué suerte nos esperaba, si hubiésemos permanecido como la naturaleza nos formó, es decir, hijos de ira; <sup>(2)</sup> dícnos á donde podemos llegar, y cuán fácilmente; dícnos el precio infinito, inestimable, que eso costó á Dios. «Habéis sido rescatados á elevado precio,—dícnos el Verbo de Dios—no con cosas percederas, plata ú oro, <sup>(3)</sup> sino con sangre preciosa, como la de un cordero sin tacha ni mancha, con la sangre del Cristo». <sup>(4)</sup>

Merced al pago de ese precio, sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, <sup>(5)</sup> que hemos sido libertados del poder de las tinieblas, y transportados al reino del Hijo de su

(1) Ioan., III, 16.

(2) Eph., II, 3.

(3) I Cor., VI, 20; VII, 23.

(4) I Petr., I, 18, 19.

(5) I Ioan., III, 13.